

La quintaesencia del relato breve

Nelson Marra

EL escritor leonés Antonio Pereira, nacido en la bonita Villafranca del Bierzo, a caballo siempre entre su tierra natal, el Madrid «tertuliano», en el que reside gran parte de su tiempo, y las ciudades más insólitas del planeta que el autor agota en su pasión de viajero infatigable, ha tenido la desdicha de escoger un género literario escasamente valorado en España para derrochar su talento: el cuento. Como añadido a esa desdicha, Pereira es, también, un finísimo poeta tal como lo demuestran sus siete libros publicados y reunidos en dos volúmenes esenciales: "Contar y seguir» y «Antología de la seda y el hierro». Pero «lo suyo» es y sigue siendo el relato, género que le apasiona incluso como teórico del mismo, y, por fortuna, lo ha ido imponiendo en un mercado editorial que suele exigir extensas superproducciones. Y lo ha impuesto de tal manera, que sus múltiples publicaciones y algún premio obtenido tan importante como el Fastenrath de la Real Academia Española han acabado de consagrar a uno de los autores en lengua castellana que mejor maneja el idioma, que con mayor fortuna dosifica el humor a lo largo de sus historias y que ha hecho de la ironía el imprescindible protagonista lúdico de su literatura.

En este volumen, que reúne 29 narraciones, Pereira sigue la senda de uno de los maestros del relato breve: el guatemalteco Augusto Monterroso. Algunos de los textos que aquí incluye el escritor leonés respetan una extensión ortodoxa; otros, la gran mayoría, no alcanzan las veinte líneas y, sin embargo, con puntuación o no, construyen una historia siempre cargada de intensidad y ternura. En cualquiera de los casos, narraciones como «La violinista», «The end», «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos» o el propio que da título al volumen se vuelven, de la mano de este impecable artesano y artista sensible y reflexivo, verdaderas joyas del lenguaje, auténticas quintaesencias del relato breve. Lo cotidiano, lo episódico, lo fantástico e incluso lo documental le sirven al autor para inventar una historia que siempre seduce, que muchas veces nos deja con la sonrisa amarga.

Su mundo, por momentos, se vuelve «kafkiano», pero siempre está

presente el toque poético que metaboliza la más atroz de las realidades en belleza. Una belleza alimentada, en gran medida, por coyunturales y deliberados arcaísmos estilísticos, y en otra medida, por una capacidad de observación y de síntesis casi insólitas en la literatura española actual.